

## LIBROS

**E**n espacio de unos pocos años, se han abierto, solo en esa vía populosa de Carretería, tres, cuatro librerías, llenas de distinción y de sentido actualista. No nos anima otro propósito que hacer constar este hecho, silencioso, del que nadie se da cuenta al parecer, pero tan lleno de importancia para vida intelectual de la población.

Por de pronto, es de suponer que la apertura de cada nuevo establecimiento librero (como la de cualquier otro género de comercio), responda a un anhelo expresado o tácito, que nos permite sentar una afirmación estricta: en Cuenca se lee cada vez más.

Sin duda, Cuenca está llamada a ser población estudiosa y culta. Su paisaje, fuertemente emocional, pero tan lejos de poseer esos gayos coloridos de los países meridionales, su ambiente, la estructura de la ciudad, recogida, poco expansiva, de tradición beata y monacal, todo, en fin, propende a recluirla a un entre las cuatro paredes de una habitación y al amor de una lumbre, en esos largos inviernos, mientras el viento o la nieve azota y resbala por los cristales, leer, leer, estudiar...

Por eso, a veces me sorprende, que en su época moderna, Cuenca no haya dado a luz más hombres ilustres... Sin embargo, reflexionando un poco, las causas son bien fáciles de columbrar. Han sido la excesiva mansedumbre, la timidez más o menos religiosa tradicional que a los jóvenes cortaba prematuramente las alas—y en una palabra: la falta de rebeldía (de esa rebeldía que define y hace vigorosa una personalidad), en fin. No pudieron triunfar más que los ortodoxos de las doctrinas imperantes, aquellos que poseyeron un temperamento que rimaba muy bien con las definiciones, que se calificaron de dogmáticas, de lo bueno y de lo malo, de lo útil y de lo deleznable.

Claro que actualmente, esto dejó ya de existir. Si acaso subsiste en política... Y esta liberación de prejuicios y tradiciones, en primer lugar se lo debemos a la Prensa. La Prensa ha sido la gota de agua que persistentemente ha ido oradando la fuerte muralla. Abierto el portillo, el libro puede penetrar por él como ejército invasor. Prueba fehaciente de esto es el hecho ob-

servado al principio: como de vez en cuando, vemos que las telas, los paños o los comestibles - todos artículos de primera necesidad material - desaparecen de unos escaparates, de una habitación, para dar paso a esos libros de primera necesidad espiritual—de encuadernación delicada, de bellas portadas, que, súbitamente, con más imperio que lo anterior, detienen nuestro paseo. Del local, el olor al apresto, a la lana borreguil, a especias, ha sido sustituido por ese olor templado del papel pluma o de la tinta de imprenta, tan agradable y tan atrayentes a todo bibliófilo.

Actualmente, sabemos que existen en Cuenca una docena o dos de jóvenes de veinte años que poseen el ciego afán del estudio. Algunos, sacerdotes recién salidos del Seminario, emprenden con entusiasmo otra carrera. Otros que abandonaron aquel centro docente a la primera tonsura—no por falta de fe, sino por exigencias de su temperamento o ausencia de vocación - cursan con ilusión la de Derecho o de Filosofía y Letras... Y así, en otras disciplinas, muchachos que trabajan con verdadera actividad. Por encima de todo, se halla su desinteresado amor al estudio, ese desinteresado amor, que a las veces, cuando menos se siente es de estudiantes, y que luego nos ataca en la madurez con la fuerza irrefrenable de una tardía pasión senil.

De toda esa juventud cultivada en un ambiente más libre, justo es que esperemos grandes cosas. Cuenca, en determinado sentido, es campo todavía virgen, donde los hombres de estudio pueden trabajar de un modo fecundo. Una Historia de Cuenca, moderna, científica, bien documentada, está por hacer. No poseemos un novelista fuerte, sobrio, como el paisaje, como sus tipos... Carecemos también de un poeta lírico, de cultura acendrada, que sepa «ver» de modo nuevo el ambiente con quense; un poeta que cante al río y a la sierra, mejor que Gerardo Diego cuando dice:

Agua verde, verde, verde,  
agua encantada del Júcar,  
verde de pinar serrano  
—ay, la serranía oscura,  
bosque de sansebastianes  
heridos de flechas únicas  
que por el costado bello  
resina de oro rezuman—.

Luis DE VILLAVA.

(De *La Voz de Cuenca*).

## POETAS

Mi campo santo

Campo santo de aldea,  
que las cruces plantaste  
del Dolor en el cerro  
más humilde del valle;  
cementerio tranquilo,  
donde paso las tardes  
cuando sufro la angustia  
de mis tétricos males,  
respirando en la calma  
de tu calma inefable;  
cementerio de aldea,  
tan abierto a los aires...  
a los aires hermosos  
de los buenos pinares,  
dame paz en tu seno



cuando al cabo descanse.  
cuando rinda a la tierra.  
mis despojos mortales...

Yo quisiera dormirme,  
para no despertarme,  
defendido del mundo  
por tus cuatro tapiales,  
bajo un cielo piadoso  
y a la sombra de un sauce,  
y en un hoyo profundo  
que mis hijos cavasen...

Que no en tí, como en ricas  
y altaneras ciudades,  
—en necrópolis vastas,

con los bronce y mármoles,  
con el brillo del oro  
y el reflejo del jaspe—,  
pompas vanas publican  
vanidosos pesares;  
no la vida te cerca,  
no los hombres te invaden;  
no se ve tu reposo  
profanado por nadie;  
¡nada, en tí, del encanto  
de la Muerte distrae!

Cuando al fin de mis penas  
con mis penas me acabe,  
dame paz en tu seno,  
campo santo del valle;  
cementerio de aldea,  
con olor a pinares;

por humilde, tan bueno;  
por pequeño, tan grande.  
Que mi cuerpo, en tus brazos,  
para siempre descanse...  
bajo el cielo piadoso,  
y a la sombra de un sauce,  
y en un hoyo profundo  
que sepulte y que abrace...  
¡Que tu cruz, amorosa,  
lo cobije y lo ampare!  
¡Que lo guarden tus muros!...  
¡¡Que mis hijos lo cavén!!

Carlos FERNANDEZ SHAW.